

DIOS ENTRA POR LOS SENTIDOS

José María Castillo

1. Las ideas y la vida

En la carta a los romanos, dice el apóstol Pablo que la fe en Dios nos viene por lo que oímos, ya que por el oído nos entra la palabra de Cristo (Rom 10, 17). Esta misma idea se repite en otros escritos de Pablo o en alguna carta que se le atribuye a él (Gal 3, 2; Col 1, 6). Ahora bien, por el oído, lo que nos pueden entrar son ruidos, músicas y, sobre todo, palabras. Naturalmente, san Pablo se refiere a las palabras, puesto que está hablando de la predicación, concretamente la predicación del Evangelio (Rom 10, 14-16).

Lo que nosotros podemos recibir a través de las palabras, que entran por el oído, son ideas, conocimientos, verdades (o quizá también mentiras). Como es lógico, al tratarse de la predicación del Evangelio, Pablo se refiere sin duda a verdades. Lo cual quiere decir que, para el apóstol Pablo, la fe en Dios consiste, ante todo, en una serie de verdades que, como todas las verdades y todos los conocimientos, llegan a nosotros y las recibimos mediante el oído. El que acepta esas verdades y las cree firmemente, ése es el que tiene fe y, por tanto, ése es el que se encuentra con Dios.

Esta manera de interpretar la fe y el encuentro con Dios es la que se enseña y la que se pone en práctica, casi siempre, en los catecismos, en los libros de religión y, por lo general, en la organización de las parroquias, de los colegios, de los seminarios y de las universidades. Porque, en todos esos sitios, lo que se enseña son conocimientos y verdades. Para que luego esos conocimientos y esas verdades se trasmitan a otros, puesto que se tiene el convencimiento de que así es como se propaga la fe y el encuentro con Dios. Más aún, el Magisterio oficial de la Iglesia actúa también con este mismo convencimiento. Por eso el papa pronuncia tantos discursos y publica tantos documentos. Y algo parecido hacen los obispos. Si se habla tanto y se escribe tanto, precisando siempre con mucho cuidado lo que es verdad y lo que no es verdad, es porque se tiene la idea de que lo que importa, para conocer a Dios y para encontrarse con él, es tener muy claras y muy firmes las verdades sobre Dios, que son (según dicen los sacerdotes) las verdades que enseña la Iglesia.

Por supuesto, las “verdades de la fe” son fundamentales para cualquier persona creyente. Se trata, como es sabido, de las verdades que se afirman en el “Credo” y en los “dogmas” que enseña la Iglesia a los cristianos. Pero, cuando uno piensa despacio en este asunto, enseguida se da cuenta de que aquí falta algo. Y, según parece, algo muy importante.

Empezando por lo más sencillo. Jesús dijo que el conocimiento de Dios se oculta a los sabios y entendidos, mientras que se revela a los que no tienen nada que decir en este mundo (Mt 11, 25). Pero, como todos sabemos, los sabios y entendidos son los que saben más verdades y tienen más conocimientos, mientras que los que nada tienen que decir es porque no conocen nada. Por lo tanto, parece bastante claro que lo del conocimiento y el encuentro con Dios le llega a cada persona, no por los conocimientos de los sabios, sino por algo que deben tener muy desarrollado los ignorantes, los que carecen de sabiduría y los que, por tanto, tienen bastante oscuras las pocas verdades que conocen. ¿De qué se trata?

Para responder a esta pregunta, lo más sencillo será echar mano de lo que nos pasa a todos cuando venimos a este mundo. Vamos a ver, ¿cómo se comunica un bebé con su mamá y la mamá con el bebé? Por supuesto, no se comunican mediante ideas, verdades y conocimientos, o sea mediante todo eso que entra por el oído. La cosa es mucho más simple. Y también mucho más honda. La comunicación entre la mamá y el bebé se realiza mediante el tacto, el gusto, el olfato, y también con la “mirada”, que no es simplemente el ojo, sino algo que percibimos antes de darnos cuenta cómo es el ojo que nos mira. Naturalmente, esto quiere decir que, en la comunicación humana, hay algo que es anterior a las ideas y a las verdades. Y que, por eso, es más determinante en nuestra vida que las ideas y que las verdades. Porque la vida de los seres humanos no se reduce al conocimiento. La vida humana, antes que saberes e ideas, es gozo y sufrimiento, placer y dolor, alegría y tristeza, compañía y soledad, tacto y contacto con alguien a quien queremos y de quien dependemos (de la manera que sea), entrega y generosidad, libertad y esperanza o, por el contrario, desesperación y odio. Por eso, en la vida humana, es tan determinante la sensibilidad, el afecto, la ternura, la bondad, la compasión, todo lo que produce amor, cariño y donación de unos seres humanos a otros.

En definitiva, todo esto quiere decir que la vida no entra sólo (ni principalmente) por el oído. La vida entra en nosotros a través de todo nuestro ser corporal, es decir, la vida se nos mete por los sentidos: por las

miradas, por el tacto, por el gusto y el olfato, por la paz, el sosiego, el reposo, la alegría y el placer que nos proporciona la comunicación entre seres humanos. Sin olvidar, claro está, que en la comunicación juega un papel de primer orden la trasmisión de ideas, de conocimientos y de verdades.

Dicho de una forma más apropiada o, si se prefiere, más técnica, todo esto se reduce a lo siguiente. La comunicación entre seres humanos se puede realizar (y de hecho se realiza) mediante *signos* y mediante *símbolos*. Los signos nos transmiten conocimientos, ideas, mientras que los símbolos son la expresión de nuestras experiencias. Por eso, el lenguaje, las palabras, son un conjunto de signos, por medio de los cuales nos comunicamos nuestros conocimientos. Pero en nuestra vida, además de conocimientos, y antes que cualquier conocimiento, tenemos y vivimos experiencias muy hondas, que no se pueden comunicar mediante palabras. Porque de sobra sabemos que una mirada, la expresividad de un rostro, un abrazo o un beso nos transmiten experiencias que nos dicen más que muchos discursos.

En resumen: las ideas y los conocimientos son importantes en la vida. Y no sólo importantes, sino sobre todo son decisivos. Porque las ideas, que tiene cada uno, orientan y determinan decisivamente la vida. Pero, sin duda alguna, más decisivas que las ideas son las experiencias que vivimos. Y también las expresiones de esas experiencias. Ahora bien, mientras que las ideas nos entran por el oído (o quizás por la vista mediante la lectura), la expresión de nuestras experiencias abarca la vida entera. Por eso, el amor o el odio que recibimos, el respeto o el desprecio que nos vienen de los demás, el afecto o la indiferencia que a lo largo de la vida vamos asimilando en nuestra intimidad, todo eso nos marca para siempre. Pues bien, todo eso no nos entra por el oído y mediante ideas, sino que lo percibimos mediante el conjunto de todo lo que en nosotros es sensibilidad, es decir, entra en nuestra experiencia por medio de los sentidos.

2. *“Si no lo veo y no lo toco, no lo creo”*

Todos sabemos por experiencia que las convicciones y determinaciones más fuertes de nuestra vida, nuestras inclinaciones y afectos más arraigados, o, por el contrario, los malos sentimientos que a veces llevamos en nuestra intimidad más secreta, todo eso no ha brotado en nosotros por cosas que hemos oído o aprendido, sino por experiencias muy fuertes que nos han pasado. Por eso queremos tanto a ciertas personas, por ejemplo a nuestros

padres. Y por eso también sentimos tanto rechazo ante gentes que nos han hecho sufrir. Bueno, pues lo mismo nos pasa con Dios. Es decir, la fe en Dios no se hace vida en nosotros como resultado de unos argumentos o teorías que nos llevan a decir: "pues sí, Dios existe y tengo que quererlo". La vida de los seres humanos no funciona así. Y por esto, exactamente por esto, Dios se quiso hacer presente y comunicarse con nosotros mediante un ser humano, un hombre de carne y hueso, al que no sólo se pudo oír, para aprender sus ideas, sino al que, además, se pudo ver y tocar, para palpar y experimentar, sentir y gustar, lo que es y lo que representa la bondad de Dios, la cercanía de Dios, la delicadeza y la ternura de Dios. Por esto, sin duda alguna, la primera carta de Juan empieza diciendo: "lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos palpado con nuestras manos acerca de la Palabra de la vida" (1 Jn 1, 1). El autor de esta carta empieza su escrito repasando los sentidos. No sólo el oído. También la vista. Y el tacto. Lo que se ve, lo que se contempla, lo que se toca y se palpa. Pero lo más sorprendente es que todo eso se refiere nada menos que a la Palabra de la vida, que, en el lenguaje de este escrito, se refiere a Dios. O sea, según la primera carta de Juan, llegamos a Dios por los sentidos. Así lo alcanzamos y nos relacionamos con él. Es un Dios que se nos comunica en lo más humano que hay en nosotros. Porque es "la Palabra de la vida". Y bien sabemos que la vida es, no sólo espíritu, ideas y conocimientos, sino también sentidos y sensibilidad.

Uno de los evangelios, donde se dice todo esto con más claridad, es el evangelio de Juan cuando cuenta la aparición de Jesús resucitado a sus discípulos, a los ocho días de la resurrección (Jn 20, 24-29). Como Tomás, "uno de los Doce" (Jn 20, 24), no estaba con los demás el domingo de Pascua, cuando todos vieron al Señor (Jn 20, 25), este discípulo se plantó y dijo: "Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no lo creo" (Jn 20, 25). Al decir esto, aquel Tomás estaba expresando lo que le pasa y lo que siente tanta gente, cuando se le plantea el tema de Dios y de la fe en ese Dios. Son muchos los que dicen "si no lo veo, no lo creo". Y es que, tal como somos y tal como es la vida, lo que vemos, lo que palpamos, lo que sentimos, eso es lo que se nos mete, no sólo en la cabeza, sino en nuestro ser entero y se hace vida en nosotros. Lo demás, lo que no vemos, ni palpamos, ni sentimos, son ideas, teorías, que van y vienen, pero que a la mayor parte de la gente no le interesan. Bien sea porque no entienden las ideas. O quizá también porque, aunque las entiendan, cualquiera se da cuenta de que por un lado van esas teorías y por otro va la vida, lo que se ve, se palpa y se siente.

El hecho es que, cuando Tomás vio con sus propios ojos y palpó con sus propias manos que Jesús, al que habían asesinado, estaba vivo, entonces dijo: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20, 28). Es decir, entonces creyó en el Señor, en Dios. Es verdad que, según el relato del evangelio, Jesús añadió: “¡Porque me has visto, has creído! Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20, 27). Aquí parece que Jesús elogia y prefiere a los que llegan a la fe en Dios sin necesidad de ver, ni tocar, como exigió Tomás. Lo cual vendría a decir que Jesús, en el fondo, le echa en cara a Tomás sus exigencias de ver y palpar a Dios, para poder creer en él. En definitiva, todo esto sería como decir que Dios prefiere la fe de los que creen sin necesidad de pasar por los sentidos, fiándose sólo de las razones y los argumentos que nos enseñan los libros y los sermones. Pero no se trata de eso. Para entender por qué el evangelio de Juan puso estas palabras, hay que tener en cuenta que este evangelio se escribió (según parece) bastantes años después de que Jesús se había ido de este mundo. Y también se habían muerto ya casi todos los discípulos que habían oído, que habían visto y que habían palpado con sus manos la presencia de Jesús. Es decir, ya no estaban los que tuvieron la suerte de vivir con él. Entonces, pensando en aquellos discípulos, que creían sin haber visto a Jesús en esta vida, el evangelio les dice que ellos son dichosos por tener la fe que tenían.

Pero, ¿significa esto que la fe en Dios está sólo en las ideas que tenemos en la cabeza y que a la fe se llega sólo mediante los conocimientos que nos enseñan los que saben de religión, los teólogos, los sacerdotes y los catequistas?

3. La fe y la vida

El mismo evangelio de Juan, enseguida de haber contado lo que pasó con Tomás, añade lo siguiente: “Jesús realizó, en presencia de sus discípulos, otras muchas señales, que no se han escrito en este libro. Y éstas han sido escritas para que tengáis fe en que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 30-31). En estas palabras del evangelio hay, por lo menos, dos cosas muy claras: 1) la fe da vida, comunica vida, hace que las personas vivan; 2) la fe tiene su origen y su razón de ser en las señales que hizo Jesús. Pero, cuando el evangelio de Juan habla de “señales” (*semeia*), ¿a qué se refiere? Por supuesto, se refiere a hechos extraordinarios, portentosos, tales como convertir el agua en vino, en la boda de Caná (Jn 2, 11), curar al hijo de un funcionario del rey (Jn 4, 54), dar de comer a una multitud enorme de gente que estaba muerta de hambre (Jn 6, 14) o, lo que es más sorprendente aún, el hecho asombroso de devolverle la vida a Lázaro (Jn 11, 47). Se suele decir que estos hechos eran “milagros”, con lo que naturalmente

se quiere indicar que fueron cosas que no las puede hacer ningún ser humano, sino que solamente es Dios quien las puede realizar. Así que el evangelio de Juan nos vendría a decir que Jesús es Dios.

Como es lógico, quien interpreta así las “señales”, que narra el evangelio de Juan, sin darse cuenta está pensando en el Dios que se define por el poder y se entiende a partir del poder. El poder sobrehumano de quien es capaz de hacer lo que no está al alcance de ningún ser humano. Lo cual es evidente. Porque, ¿quién puede hacer que, de pronto, el agua se convierta en vino? ¿o quién es capaz de que un cadáver, que lleva cuatro días enterrado, vuelva a esta vida y se ponga a andar como si no le hubiera pasado nada? Nadie discute, ni puede discutir, que esas cosas, si es que efectivamente pasaron así, son “señales” clarísimas de que, en aquel hombre que era Jesús, se hacía presente Dios.

Pero, con decir eso, no está dicho todo. Y menos aún está dicho lo principal. Porque lo más importante no es que, en Jesús, se hacía presente Dios y, por tanto, se revelaba Dios. Lo decisivo, para la fe y para la vida, está en saber *cómo* se nos revela Dios y, por tanto, *cómo* se nos da a conocer el Dios de Jesús, en las “señales” que cuenta el evangelio. Porque está claro que, si el evangelio de Juan escogió los hechos prodigiosos que escogió, y no otros, para presentarlos como las “señas” de identidad del Dios que se revela en Jesús, eso nos está indicando que *tales señales* son las que nos indican *cómo es Dios*. Y, además, nos señalan también *cómo se llega a Dios*, cómo se le conoce y cómo se le distingue de cualquier falsificación de lo divino.

Esto supuesto, hay una cosa que resulta evidente para cualquier persona que se pone a leer despacio el evangelio de Juan. Se trata de lo siguiente: todas las “señales”, que escogió este evangelista, se refieren a la vida. Porque son hechos que dan vida, que devuelven la vida a quien la tiene limitada o incluso perdida, y que hasta alegran la vida a quienes se les acaba lo que necesitan para divertirse en una fiesta. Todo eso, ni más ni menos, es hacer que la gente beba un excelente vino en una boda (Jn 2, 1-11), devolverle la salud a un joven que se está muriendo (Jn 4, 46-54), sanar a un pobre paralítico que lleva treinta y ocho años sin poder moverse (Jn 5, 1-9), hacer que se hartan de comer varios miles de personas que, en un descampado, no tienen qué llevarse a la boca (Jn 6, 1-14), darle la vista a un ciego de nacimiento (Jn 9, 1-38) y, más significativo que todo lo anterior, devolverle la vida a un difunto que, después de cuatro días enterrado, está en proceso de descomposición (Jn 11, 1-46). En todos estos casos, lo que está en juego es la vida. No la “otra” vida, sino la “vida”. Es

verdad que el evangelio de Juan, a veces, habla de la vida "eterna". Pero también es cierto que el autor de este evangelio, con frecuencia, habla lo mismo de la *vida eterna* que de la *vida*, sin más (Jn 3, 36; 5, 24. 39-40; 6, 53-54; 12, 25). Lo cual quiere decir que, para este evangelio, la "vida" es una totalidad, que es ya la vida presente, la vida actual, pero una vida que tiene tal plenitud que, con toda razón, se la puede llamar vida "eterna", en cuanto que es una vida con tal fuerza y tan sin límites, que no podrá con ella ni la muerte misma.

En todo caso, no olvidemos algo importante: el evangelio de Juan utiliza más veces la palabra "vida", sin adjetivo alguno, que la expresión "vida eterna". El sustantivo "vida", aparece 24 veces en este evangelio. La vida "eterna", sólo 17. Y en cualquier caso, siempre hay que tener presente que las "señales", que presenta Juan para hablar de la vida, son todas ellas manifestaciones de la vida de los seres humanos en este mundo: comer, beber, curarse, ver y, lo que es más elocuente que nada, hacer que uno (Lázaro), que ya estaba en la "otra" vida, volviera a "ésta".

La cosa, por tanto, parece bastante clara. Dios se reveló en Jesús, especialmente en las "señales" que realizó. Pero es evidente que no puede ser casual, ni secundario, que tales "señales", en las que se conoce a Dios, son manifestaciones de la vida, de la salud, de la felicidad y la alegría de vivir. Insisto en que todo esto nos habla de una plenitud de vida a la que, con toda verdad, se puede llamar "vida eterna", porque trasciende los límites de este mundo. Pero quede claro que en ninguna parte hay razones para poder afirmar que la vida, en la que podemos encontrar a Dios, es la "otra" vida. Todo lo contrario. El que no encuentra a Dios en "esta" vida, no lo encontrará jamás.

4. Dios y la vida

La vida no se reduce, ni se manifiesta solamente, en lo que sabemos, en lo que pensamos, en las ideas o los conocimientos que cada cual tiene en su cabeza. Junto con todo eso, y antes que nada de eso, la vida de los seres humanos se siente, se palpa, se ve. Es sensibilidad y sentimiento, es atracción y rechazo, afecto y desafecto, amor y odio, gozo y sufrimiento, ternura y crispación, etc, etc. Pero todos sabemos que estas experiencias (unas más superficiales, otras más profundas) nos entran por los sentidos. Y se expresan a través de los sentidos.

Ahora bien, si es cierto que a Dios lo encontramos en la vida, de eso se sigue que Dios (el Dios que nos revela Jesús) se ha fundido con la vida. La vida

que nos entra por los sentidos. La vida que percibimos, antes que por el lenguaje y los conceptos que nos transmiten las palabras y las frases, por medio de los símbolos que, en cada cultura, nos hacen vivir y compartir las experiencias fuertes, que determinan lo que cada uno es, incluso lo que cada uno piensa y hace o deja de hacer. Esto quiere decir que a Dios lo encontramos, por supuesto, en las verdades que la Biblia y la Iglesia nos enseñan sobre él. Pero, antes que en ninguna verdad, en ningún dogma o en ningún “credo”, al Dios de Jesús lo encontramos todos en la vida. Esa vida que nos entra por los sentidos. Es decir, a Dios lo encontramos, ante todo, por lo que vemos y sentimos, por lo que palpamos con nuestras propias manos, por todo aquello que, al sentirlo, se hace vida en nosotros.

5. ¿Cómo podemos ver y tocar hoy a Jesús?

Cuando Jesús se despedía de los discípulos que vivieron con él, pronunció una larga oración a Dios en la que, entre otras cosas, dijo esto: “No pido por éstos solamente, sino también por los que crean en mí por medio de su palabra” (Jn 17, 20). Nosotros hoy no podemos ver ni tocar a Jesús. Y, si Jesús es quien nos revela a Dios, es evidente que tampoco podemos ver ni tocar a Dios. Entonces, ¿cómo podemos conectar nosotros con Jesús y, por medio de Jesús, con Dios?

Siempre se ha dicho que para eso tenemos “la palabra” de los que vivieron con Jesús. Esa palabra, que nos recuerda las enseñanzas de Jesús, es el testimonio que hace que nosotros podamos creer en Jesús. Y esto es verdad. Creemos porque aceptamos la enseñanza de los discípulos de Jesús y nos fiamos de lo que ellos nos dijeron. Pero esto no es nada más que una parte de la verdad. Los primeros discípulos creyeron, no porque escucharon las lecciones de un profesor que les dio unas ideas muy claras y unos argumentos muy fuertes. Los primeros discípulos creyeron porque vieron con sus ojos a Jesús. Porque palparon con sus manos lo que fue aquel hombre extraordinario. Porque compartieron la vida con él. El ciego creyó porque lo vio (Jn 9, 37-38), El discípulo que entró en el sepulcro vacío, “vio y creyó” (Jn 20, 8). Y Tomás, cuando lo tocó con sus dedos y sus manos, entonces fue cuando dijo: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20, 28).

Ahora bien, nosotros ya no podemos ver y tocar al mismo Jesús. Pero lo que sí podemos ver y tocar es lo que vieron y tocaron quienes convivieron con Jesús. ¿Qué es lo que aquellos hombres vieron y tocaron? El relato de Tomás es clave. Lo que aquel hombre vio con sus ojos y palpó con sus manos

fueron heridas de muerte, llagas de dolor, humillación y sufrimiento. Pero no sólo Tomas. Lo que vieron los de la boda de Caná, fue a un hombre tan humano, que les prolongó la alegría de la fiesta. Y lo que vieron aquellos miles de gentes, que andaban muertos de hambre, es que alguien se interesaba por ellos y les daba lo que tanto necesitaban. Como es igualmente verdad que lo que vio el ciego de nacimiento, es que había un hombre bueno que le daba la capacidad de ver. Y en el caso de Lázaro, los judíos que lo vieron “creyeron en él” (Jn 11, 45), aunque aquello fue la gota que colmó el vaso y fue el motivo que desencadenó la sentencia de muerte contra Jesús (Jn 11, 47-53).

Está claro, los discípulos de Jesús, no sólo oyeron su *doctrina*, sino que, juntamente con eso, vieron, tocaron y sintieron de cerca *su forma de vivir*. Cuando nosotros percibimos ambas cosas, no sólo la doctrina, sino también su vida, su estilo, sus costumbres, su manera de relacionarse con ricos y pobres, con justos y pecadores, entonces es cuando se hace posible la fe. Porque entonces es cuando Dios se hace vida en nosotros.

6. *El divorcio entre las ideas y la vida*

La Iglesia, los hombres de la religión, los teólogos no paramos de decir y escribir. Para que la gente tenga clara la doctrina verdadera que enseñó Jesús. Y eso (hay que decirlo una vez más) es importante. Pero también hay que insistir en que con doctrinas y verdades no basta. Ni eso es lo más decisivo a la hora de creer en el Dios que nos reveló Jesús.

La Iglesia y los hombres de la religión no paramos de enseñar doctrinas y de escribir documentos y libros, en los que aseguramos que se contienen las verdades sobre Dios y el conocimiento de Dios. Pero el hecho es que, con demasiada frecuencia, la gente no ve ni palpa lo que vieron y palparon los discípulos de Jesús. La gente ya está cansada de doctrinas que no entiende y de verdades que no le interesan. Porque es un hecho, demasiado doloroso, el divorcio que existe, en quienes decimos que somos testigos de aquel Jesús, entre nuestras ideas y nuestra vida. Las ideas entran por el oído. La vida se mete por los ojos, se toca y se palpa. Se puede decir que por el oído recibimos los *signos*, mientras que, por todo nuestro ser corporal, se hacen vida en nosotros los *símbolos* de la vida. Ahora bien, si los seres humanos somos así y así nos hizo Dios, entonces la gran equivocación de la Iglesia está en pensar que imponiendo verdades y defendiendo doctrinas va a hacer presente al Dios de Jesús en este mundo. Para hacerse presente en este mundo, Dios no se puso a darnos doctrinas y enseñarnos verdades. Para hacerse presente en este mundo,

Dios se nos presentó en la vida de un hombre que nació pobre, que vivió entre los pobres y que murió despojado de todo, hasta de la dignidad más elemental que le corresponde a cualquier ser humano.

Y es que lo primero es la vida. Luego, vienen las ideas. El que identifica su vida con la vida de los que menos tienen y peor lo pasan, ése tiene unas determinadas ideas. Lo cual quiere decir que, si se trata de una persona con creencias religiosas, tendrá en su cabeza un Dios que no estará de acuerdo con el sufrimiento de los que tienen la desgracia de vivir penando entre tanta pobreza y tanta miseria. Por el contrario, el que identifica su vida con los que más tienen y mejor lo pasan, ése tendrá en su cabeza un Dios al que le debe interesar mucho la salvación de las almas y la santidad de los fieles, pero es seguro que a ese Dios le importa bien poco el sufrimiento inmenso de los pobres de este mundo. Se trata, entonces, de dos “dioses” distintos, seguramente opuestos el uno al otro. Por eso, cuando se trata de encontrar al verdadero Dios y relacionarse con él, lo decisivo no es repetir el “Credo” y asegurar que uno está de acuerdo con esa profesión de fe. Eso, desde luego, es necesario. Pero la señal decisiva de que uno cree en el Dios de Jesús está en la vida que uno lleva. Es decir, está en si uno vive o no vive como vivió aquel Jesús de Nazaret. Lo cual quiere decir que la señal de que una persona ha encontrado a Dios de verdad es que uno se relaciona con la gente como se relacionó Jesús, que a uno le importan las cosas que le importaron a Jesús, que uno siente lo que sintió Jesús cuando vio a la pobre gente de su pueblo sufrir tanto y sin esperanza de solución. No se trata, como es lógico de que ahora nos pongamos a vivir como profetas caminantes de pueblo en pueblo. Uno puede dedicarse a hacer eso, pero en realidad andar buscando cosas que nada tienen que ver con lo que realmente buscó Jesús. Lo importante en la vida de una persona es lo que siente, aquello a lo que es sensible o, por el contrario, insensible. Y es que cuando uno se deja invadir por lo humano, cuando una persona se humaniza de verdad y es sensible al dolor del mundo, entonces es que Dios se le ha metido por los sentidos. Entonces deja de haber divorcio entre las ideas y la vida. Y entonces justamente es cuando de verdad se encuentra con el *Dios desconcertante*, el Dios que nos reveló Jesús de Nazaret.